CAPÍTULO IV.

DEL VERDADERO AYO DE LOS NIÑOS.

En nuestras sociedades modernas recibimos de las madres los primeros sentimientos y nuestras primeras ideas; las madres son las que distinguen el carácter y el genio de sus hijos, aprueban su vocacion, los sostienen contra el descontento paterno, los consuelan, los animan, y los entregan en fin á la sociedad.

(LERMINIER, *Filosofía del derecho*, t. I, p. 126.)

Un jóven sigue su primera senda, sin que la deje ni aun en la vejez.

(*Proverbios XXII*, 6.)

SIGAMOS las leyes de la naturaleza: esta, cuando nacemos, ni nos entrega al cuidado de un pedagogo, ni á la vigilancia de un filósofo; la naturaleza nos confia al amor y á las caricias de una jóven madre: rodea nuestra cuna de las formas mas graciosas, de los sonidos mas armoniosos, pues la voz tan dulce de la mujer se dulcifica todavía mas para la niñez; la naturaleza, en fin, en su solicitud prodiga á nuestra primera edad todo lo mas agradable de la tierra, el regazo de una madre para que descansemos, su suave mirar para guiarnos y su ternura para instruirnos.

Llega en seguida el hombre que rompe esa cadena de amor; su voz áspera, su frente arrugada de cuidados, los estudios frecuentemente pedantescos de que es órgano, reemplazan de una vez las caricias maternales. ¡Oh quien pudiese expresar lo que pasa

en el alma de un niño, el dia en que sus ojos brillantes tropiezan por primera vez con la mirada severa de un maestro! Por primera vez se le presenta tambien en el mismo instante la idea de la desdicha. Al ménos si estuviese allí su madre, si le viese, si le alentase..... Pero la separacion es completa; se le aparta de la mas suave influencia, de una influencia que nada en el mundo es capaz de reemplazar; á un niño cuyo genio no se ha desarrollado todavía sino para inventar nuevos juegos; á un niño que se veia amado, acariciado, libre como los pájaros escondidos entre las ramas, se le deja solo, se le deja esclavo; ya no le animan las miradas de su madre; de noche se acuesta sin abrazarla, sin verla; por la mañana se levanta, sin oir aquella voz amiga que le llamaba á la oracion, no está allí para rogar con él; ha dejado de guiarle, de inspirarle; ha cedido sus mas sagrados derechos, sin considerar que son deberes. ¡Es pues cierto, pobre niño, que todo el mundo te abandona! ¡al salir tú, cerraron la casa paterna! pasarás meses, tal vez años sin volver á pisar su suelo: entónces tu corazon tendrá otras afecciones; despues cuando llegue la hora, volverás á entrar en ella corrompido, indiferente, echado á perder el espíritu por los estudios del colegio y encenagado tu corazon en los vicios que habitan en él.

El ayo por excelencia es aquel á quien llaman nuestras inclinaciones; menester es que el discípulo entienda al maestro; todo en sus relaciones ha de ser conveniencia, ternura y proporcion: así es como la naturaleza coordina la madre y el hijo. Observad con que cuidado los aproxima por su belleza, la gracia, la juventud, la lijereza de espíritu y sobre todo por el corazon. Aquí la paciencia de la madre responde á la curiosidad del niño, la dulzura de aquella á la severidad de este; el pedantismo del uno no desdeña jamas la ignorancia del otro: no pa-

rece sino que los dos entendimientos crecen juntos, tanto rebaja el amor la superioridad de la madre; en fin el espíritu frívolo, la inclinacion al placer, el gusto por lo maravilloso que tan irreflexionadamente vituperamos en las mujeres, es una armonía mas entre la madre y el hijo; todo los aproxima, sus consonancias y sus contrastes; y en el reparto que ha hecho la naturaleza de la dulzura, de la paciencia, de la vigilancia, nos indica viva y amorosamente á quien ha querido confiar nuestra debilidad.

En general no nos detenemos suficientemente en observar que los niños no entienden sino lo que ven, y no comprenden sino lo que sienten; en los niños el sentimiento precede siempre á la inteligencia: así es que todas las influencias felices son de aquel que les enseña á ver, de aquel que dispierta su ternura. La virtud no solo se enseña, sino que se inspira; y en esto consiste particularmente el talento de las mujeres; las mujeres nos hacen amar lo que desean, medio admirable por cierto de hacérnoslo querer.

Pero un príncipe, un rey, ¿qué aprenderán de una mujer? Lo que S. Luis aprendió de Blanca, Luis XII de María de Cleves, y Enrique IV de Juana de Albret. De sesenta y nueve monarcas que han ceñido la corona de Francia solo tres han amado al pueblo; y cosa notable: ¡los tres fueron educados por sus madres! Diréis que los elevados pensamientos de la política exigen intérpretes mas sabios, que no será de mas encargar la instruccion del delfin á un Bossuet, elegir á un Montausier para dirigirlo: convengo, lo quiero tambien si es que se hallan algunos Bossuet y algunos Montausier; y sin embargo, me arredra una educacion que ha podido inspirar el prodigioso discurso sobre la historia universal; me parece que tan sublime lenguaje habia de dar en vacío en el cerebro de una criatura tan débil, que es imposible no turbase su razon; y miéntras leo unas páginas que me deslumbran y me enajenan, no acierto á dejar de echar á ménos para el niño las historias de la señorita Bonne, y de Lady Sensée.

¿No consideramos que despues de haberse sujetado durante muchas horas á la mortificacion que ha de haberle causado la continua presencia de su maestro, nuestro delfin ha de sentir la necesidad de ir á desahogarse con sus criados? Un ayo ha cumplido toda su obligacion si consigue bajar sin esfuerzo hasta su discípulo, formarle un corazon religioso, un hombre de bien, un buen ciudadano. ¿Y de cuál de estas cosas no es capaz una mujer? ¿Quién mejor que una madre puede enseñarnos á anteponer el honor á la fortuna, á amar á nuestros semejantes, á socorrer á los infelices; á elevar nuestra alma hasta el orígen de lo bello y de lo infinito? Un ayo vulgar aconseja y moraliza; pero una madre graba en nuestro corazon lo que aquel ofrece en nuestra memoria: una madre nos hace amar lo que á lo mas el ayo puede hacernos creer, y solo por medio del amor consigue llegar á la virtud.

La influencia materna existe en todas partes, en todas partes decide de nuestros sentimientos, de nuestras opiniones y de nuestros gustos; en todas partes fija nuestra suerte. «La suerte de un niño, decia el capitan del siglo, es siempre obra de su madre,» y este grande hombre se complacia en repetir que era deudor á la suya de la elevacion en que se hallaba (1). La historia justifica este aserto, y sin apoyarnos en los ejemplos tan memorables de Cárlos IX y de Enrique IV, del discípulo de Catalina y del de Juana de Albret, Luis XIII ¿no fué como su madre débil, ingrato y poco feliz, siempre en revolucion y siempre sometido? ¿No se ven reunidas en

(1) Véanse las Memorias de lord Byron, t. I, p. 393.

Luis XIV las pasiones de una mujer española, aquel galanteo á la vez sensual y caballeresco, el miedo de un devoto, el orgullo de un déspota que quiere que el hombre se humille á los pies del trono, como se postra en las aras del altar? Se ha dicho, y lo creo, que la mujer que dió la vida á los dos Corneille estaba dotada de un alma grande, de un entendimiento elevado, que era severa en sus costumbres, y se parecia mucho á la madre de los Gracos, siendo dos mujeres de la misma tela. Al reves, la madre del jóven Arouet, habladora, burlona, vivaracha, coqueta y galante, imprimió todos estos caractéres en el genio de su hijo, y animó las cien almas de aquel fuego violento que debia á un tiempo iluminar y consumir, producir tantas obras maestras y degradarse por tanto chiste.

Pero los dos grandes poetas de este siglo ofrecen tal vez el mas admirable ejemplo de esta dulce y fatal influencia: al uno dió el destino una madre burlona, insensata, llena de caprichos y de orgullo, cuyo escaso entendimiento solo se dilató en la vanidad y en el odio. Una madre que se burla sin compasion de la enfermedad nativa de su hijo, que le irrita, le impacienta, le machaca, le acaricia, y luego le desprecia y le maldice. Estas pasiones corrosivas de la mujer se graban profundamente en el corazon del jóven; el odio y el orgullo, la cólera y el desden fermentan en él, y cual la llama abrasadora de un volcan se derraman de improviso en el mundo en torrentes de una infernal armonía.

Al otro poeta el destino benéfico concedió una madre tierna sin debelidad, y religiosa sin rigidez; una de aquellas mujeres singulares que nacen para servir de modelo: esta mujer, jóven, hermosa, ilustrada, hace brillar en su hijo todas las luces del amor; las virtudes que le inspira, la oracion que le enseña

no se reducen á hablar en su inteligencia, sino que cayendo en su alma, le hacen expresar sublimes sonidos, una armonía que se eleva hasta á Dios. Así rodeado desde la cuna de los ejemplos de la piedad mas tierna, el gracioso niño camina en las vias del Señor, bajo las alas de su madre; siendo su genio como el incienso que exhala sus perfumes en la tierra, pero que no arde sino para el cielo.

Venid ahora con la moral del colegio ó la filosofía rutinaria á modificar estas influencias maternales; probad si reharéis á un Byron, á un Lamartine; llegaréis siempre tarde; el vaso está ya impregnado, la tela ha tomado su caido, y las pasiones de nuestra madre han venido á ser nuestra propia naturaleza. Sin embargo esta fuerza que obra siempre á nuestra vista, este amor invariable, esta voluntad creadora, única tal vez en la tierra que no aspira sino á nuestra felicidad, ha quedado abandonada, sin direccion, desde el principio del mundo, por falta de educacion y de luces.

En resúmen, ¿qué es un niño para un maestro? es un ignorante que tratamos de instruir. ¿Qué es un niño para una madre? un alma que tratamos de formar. Los buenos profesores forman buenos estudiantes, pero solo á las madres es dado formar hombres: ahí está toda la diferencia de su mision; y de ella resulta que el cuidado de educar al niño, es enteramente de la madre, y que si los hombres lo han usurpado, es porque han confundido la educacion y la instruccion, cosas esencialmente diferentes y que es necesario separar del todo: porque la instruccion puede interrumpirse y pasar sin riesgo de una mano á otra; pero la educacion debe ser de una sola pieza: el que la interrumpe, la echa á perder; quien la abandona, despues de haberla principiado, verá á su hijo perecer, divagando en el error, ó, lo que es mas deplorable, en la indiferencia de la verdad. De-

jemos pues de buscar fuera de la familia el ayo de nuestros niños : el que la naturaleza nos ofréce, nos dispensa de tomar informes : le hallaremos en todas partes, lo mismo en la cabaña del pobre, que en el palacio del rico, y en todas partes dotado de las mismas perfecciones y dispuesto siempre á los mismos beneficios. ¡Jóvenes madres, jóvenes esposas, que este título severo de ayo no espante vuestra debilidad ! No vengo á sujetaros á estudios pedantescos, á austeros deberes : solo aspiro á conduciros á la felicidad : voy á revelaros vuestros derechos, vuestras fuerzas, vuestra soberanía ; y al invitaros á recorrer las sendas felices de la virtud y del amor, postrado á vuestros pies, os pido la paz del mundo, el órden de las familias, la gloria de vuestros hijos y la felicidad del género humano.

Algun genio poco considerado me acusará tal vez de querer resucitar las mujeres sapientes : tranquilícese ; el genitivo y el dativo, como dice Montaigne, no son el objeto de esta obra.

Dejando á un lado todos los trabajos de la memoria, todas las atribuciones mecánicas de los profesores, llamaré á las mujeres á cumplir su destino, encargándose de la educacion superior que imprime al alma el movimiento. Trazaré los elementos de ella, sentaré sus principios, desarrollaré esta ciencia; haciendo de modo que abierto una vez el camino, les sea fácil penetrar en él, sin otro estudio que el de su propio corazon. Pero al entrar en él, es indispensable que yo mismo examine el poder que invoco. Conocemos las mujeres como madres, hagamos por conocerlas como amantes y como esposas. En el siglo que acaba de pasar no eran mas que eso, y sin embargo reinaron : en este serán algo mas ; serán ciudadanas, y este título, que las llama á mayores luces y mayor reflexion, les asegura un nuevo imperio.

CAPÍTULO V.

INFLUENCIA DE LAS MUJERES.

LA CIVILIZACION NO EXISTE SINO EN EL MATRIMONIO.

> La ignorancia en que vive la mujer relativamente á sus deberes y el abuso que hace de su poder, le hacen perder la mas bella y mas preciosa de sus ventajas, la de ser útil.
>
> (Madama BERNIER, *Discurso sobre la educacion de las mujeres*, p. 10.)

CUALESQUIERA que sean los usos y leyes, las mujeres forman las costumbres de todos los paises. Libres ó sumisas reinan, porque reciben su poder de nuestras pasiones. Pero esta influencia es mas ó ménos provechosa segun el grado de estimacion que se les concede : tanto si son nuestros ídolos, como nuestras compañeras ó cortesanas, esclavas ó sumisas, la reaccion es completa, las mujeres hacen á los hombres lo que ellas son. Parece que la naturaleza une nuestra inteligencia á su dignidad, como nosotros unimos nuestra felicidad á su virtud. Tenemos pues que por una ley de eterna justicia, el hombre no puede degradar á las mujeres sin degradarse á sí mismo; ni realzarlas, sin mejorarse á sí propio. No hay medio, ó los pueblos se embrutecen en sus brazos, ó se civilizan á sus pies. Echemos una ojeada en el globo, observemos las dos grandes divisiones del linaje humano, el oriente y el occidente. Una mitad del antiguo mundo continúa inaccionado y sin

pensar bajo el peso de una civilizacion bárbara; las mujeres viven allí condenadas á la esclavitud : la otra camina hácia la igualdad y la luz; y las mujeres gozan en ella de libertad y son respetadas.

Los periódicos publicaron poco ha la relacion de un médico inglés, á quien la curiosidad habia llevado á oriente. Habiendo casualmente entrado en un mercado de esclavos, vió medio desnudas, tendidas en el suelo, esperando un comprador, como unas veinte mujeres griegas, una de las cuales habia llamado la atencion de un turco viejo : el bárbaro fué siguiendo con la mano sus espaldas, sus piernas, sus orejas, examinó su boca y su garganta con un cuidado minucioso, cual si reconociese un caballo; al paso que miéntras duraba el reconocimiento, el vendedor realzaba la belleza de sus ojos, lo esbelto del talle y otras varias perfecciones, asegurando que la niña no pasaba de trece años, que era vírgen, y que de noche ni soñaba ni roncaba. En una palabra, despues de un exámen severo y de algunas contestaciones sobre el precio, la compró cuerpo y alma en 5,500 reales; bien que el alma entró por poco en el ajuste. ¡Infeliz! medio desmayada en los brazos de su madre (porque este contrato infernal se ajustaba en presencia de una madre), imploraba con una voz capaz de partir el corazon el auxilio de sus tristes compañeras, como ella robadas y arrancadas de las encantadoras comarcas de la Grecia. Pero en aquella tierra bárbara todos los corazones estaban empedernidos : la ley hace al hombre insensible á los males que permite. Cerróse el contrato, y la muchacha fué entregada al comprador. ¡De esta manera se desvanece para ella, de este modo se desvanece para todas las mujeres en aquella parte del mundo, el porvenir encantador de amor y felicidad que les prepara la naturaleza! ¡Crímen atroz! ¡crímen de lesa humanidad! ¡quién podrá creerlo! esta escena infernal pasaba en Europa en el año 1829 (1) á 600 leguas de Paris y de Lóndres, de esas dos capitales del linaje humano, y en la hora en que escribimos, es la historia viva de las dos terceras partes de los habitantes del globo.

¿Qué monstruos no han de producir esos ijares degradados? ¿Qué generacion ha de salir de esa mezcla de envilecimiento, de odio y de desdicha? ¡Adorador de Mahoma! ve ahí una de de las compañeras de tu vida, una de las madres de tus hijos! Pídesle deleites para tí, un alma amante para tu hijo! ¿Un alma amante? De esa carne dolorida, no puede salir mas que tu propia abyeccion y la de tu posteridad.

La naturaleza ha querido que el amor verdadero, de todos los sentimientos el mas exclusivo, fuera la sola base posible de la civilizacion. Este sentimiento, como una interposicion de la Divinidad, invita á todos los hombres á una vida sencilla, exenta á un tiempo de ociosidad, de molicie y de pasiones brutales. El vínculo íntimo que une á dos jóvenes esposos, es todo conveniencia, todo felicidad. El hombre, feliz por su compañera, siente crecer sus facultades al compas de sus deberes; administra los negocios exteriores; toma parte en las cargas del ciudadano; cultiva sus tierras, ó se hace útil en la ciudad. La mujer, mas retirada, dirige el arreglo de la casa; en ella manda hasta á su marido, derramando la alegría en medio del órden y de la abundancia; y viéndose en fin reproducidos en los niños que coronan su mesa, y que bajo la influencia del ejemplo prometen perpetuar sus virtudes.

A este cuadro de la familia europea, comparad un cuadro de la familia oriental : la primera reposa

(1) Véase la Revista británica, tom. XXV, julio de 1829.

en la igualdad y en el amor; la segunda en la poligamia y en la esclavitud, que dejando al amor sus furores brutales, le quitan sus suaves conveniencias y sus ilusiones divinas. Un hombre puede bien encerrarse con un gran número de mujeres; pero no siendo posible que estime á muchas, en medio de una multitud de beldades se ve reducido á la mas triste de las condiciones, á poseer sin amar, á ser poseido sin amor. Embriagado en los mas groseros deleites, sin familia en medio de sus esclavos, sin afecciones en medio de sus hijos, encierra á sus compañeras, y mutila sus guardas, convirtiendo su casa en un lugar de suplicio, de crimenes y de prostitucion. Aun si esta vida animal le hiciese feliz!... pero léjos de ello sus sentidos se embotan, su alma se consume y anda siempre buscando en vano, hasta el borde del sepulcro, la voluptuosidad de los sentidos que le irrita y le escapa.

Todos conocemos al amable artista, al rápido viajero que para adornar su *album* parece dotado de las facultades de los pájaros. Lijero como una golondrina, vuela á Constantinopla, á Tébas, á Jerusalen, al pié de las Pirámides: allí se para, traza su página, perfecciona su obra; luego en el mejor dia le vemos en Paris, publicando un libro, componiendo un cuadro, dirigiendo nuestros teatros, y hablando con sus amigos de sus correrías en Egipto y en la Grecia, cual si hablase de una partida de campo. Hace pocos meses que hallándose en el Cairo, donde por razon de su equipaje de artista, le tomaron por un médico, uno de los mas ricos habitantes de la ciudad le mandó llamar á media noche. Introducido en una sala muy vasta, halló tendido en unos almohadones á un anciano, casi moribundo, de un aspecto el mas respetable y cuya blanca y bien poblada barba cubria todo su pecho. Sus proveedores acababan de traerle una

jóven y bella esclava, cuya vista habia inútilmente dispertado sus deseos. « Vosotros, francos, dijo con voz apagada, teneis secretos preciosos, y yo recompensara ricamente al que me facilitase la posesion de mi bella esclava! « Y el hombre que hablaba así, estaba allí tendido, objeto de compasion y asco. El viajero le respondió: » No tengo por cierto noticia del secreto que pedís; pero dado que lo tuviese, me guardaria bien de comunicároslo, porque os costaria la vida! ¿Y qué importaria, dijo con labio balbuciente, haciendo un esfuerzo para levantarse, ¿qué importaria con tal que la poseyera? » Y hablando así, volvió á caer sin fuerzas en los brazos de sus esclavos! ¡Degradacion de la especie! Ni la mas leve apariencia de la vida intelectual; el animal habia muerto al hombre.

Para ver en toda su extension lo triste de una abyeccion que no conocemos, pondremos en seguida la reciente aventura de un oficial francés llamado Seve, que se ha hecho famoso en oriente bajo el nombre de Soliman-Bey. Obligado, cuando la caida de Napoleon, á retirarse, ofreció sus servicios al bajá de Egipto, el cual, acogiéndolo por sus talentos militares, lo protegió, sin obligarle sin embargo á mudar de religion. En 1826 Seve desplegó en Esneh el lujo de un sátrapa, poblando su serrallo con las mas bellas esclavas griegas y egipcias; pero, dice el autor de la relacion que me facilitó estos pormenores, en medio de todos sus deleites, su corazon estaba vacío, y suspiraba por una compañera digna de él. « Enviadme, me decia, una francesa, una inglesa, una italiana, la que querais; os prometo que me casaré con ella, despachando esta multitud de criaturas sin alma y sin pensamiento. » Despues añadia con una ternura apasionada: « Para ser feliz, únicamente me falta una amiga verdadera, cuyo entendimiento, cuyo co-

razon llenaria de encantos mi soledad; un tesoro de esta clase me haria gozar de todos los demas (1). » Al leer esta narracion no podemos dejar de admirar como cuando las instituciones sociales no han profundamente depravado el corazon del hombre, la decencia y la conveniencia natural lo vuelven á la virtud.

La poligamia es un estado puramente animal: la poligamia nos da esclavas, el matrimonio nos da una compañera; la poligamia fija el desórden y los vicios en la habitacion del hombre; el matrimonio desterrándolos de ella para siempre, santifica la casa del ciudadano.

De estos hechos, que resumen en algun modo la historia de Oriente, puede concluirse que no hay civilizacion posible sino en el matrimonio, porque solo en él las mujeres son llamadas á ejercer su poder intelectual y moral. Poder de mujer sobre el marido, poder de la madre sobre el hijo: y de estos poderes ha salido toda la sociedad europea.

Al principio del mundo Dios crió tan solo un hombre y una mujer, y desde entónces los dos sexos vienen al mundo en número igual. Así es ley de la naturaleza que cada hombre tenga su compañera; todo lo demas es barbarie y corrupcion. Para convenceros de que es la ley de la naturaleza, dejaos encantar por el mas dulce de los espectáculos! Contemplad á dos jóvenes amantes, arrebatados por los mismos transportes, sin otro pensamiento que el de vivir y morir juntos. Cuanto tiene la tierra de divino, los anima é inflama. ¿No distinguís que son las dos mitades de un mismo ser que vuelven á hallarse? ¿Y no notais como á medida que el alma se va completando, sus sentimientos se engrandecen, y son mas puras sus satisfacciones? ¡Cuán fácil es al amor la adquisicion de la virtud! El que sabe amar es fuerte, el que sabe

(1) Véase la Revista británica, diciembre de 1826, nº 18, p. 321.

amar es justo, el que sabe amar es casto, el que sabe amar puede emprenderlo todo y sufrirlo todo. El alma de los verdaderos amantes es como un templo santo en que el incienso quema incesantemente, en donde todas las voces hablan de Dios, en donde todas las esperanzas son de inmortalidad! En su bondad paternal el Criador colocó en la mas bella edad de la vida la felicidad de los hijos de la tierra inmediata á la virtud.

¿No es maravilloso que la mujer, sin fuerzas para resistir á aquel á quien ama, pueda hallar en su alma tan débil, toda la energía, todo el heroismo necesario para hacerle sacrificio de su vida?

Es que la mujer ha sido formada para amar, y que tanto en sus debilidades como en sus sacrificios el amor es siempre el que triunfa.

Léjos pues de prohibir el amor á la juventud, quisiera educarla por medio de este sentimiento, que le presentaria como el objeto y la recompensa de la virtud: mis discípulos sabrian que solo las cualidades del alma pueden hacernos dignos de amar y de ser amados; que el amor no es mas que una tendencia hácia lo bello; que sus sueños son una revelacion de lo infinito; que el alma, aficionándose á perfecciones muchas veces ideales, nos indica los solos objetos que podemos eternamente amar; en fin, que las bellezas morales aun en la belleza física son siempre las que nos conmueven: en apoyo de este pensamiento, diré que las fisonomías mas ordinarias ven embellecerse bajo la inspiracion de un sentimiento generoso, y que las fisonomías mas perfectas pierden de su punto bajo la impresion de una pasion baja y maléfica, concluyendo de ello, sobre todo para las mujeres, que deben adornar el alma ántes que el cuerpo; porque el alma es lo que lo perfecciona todo.